

PRIMERA PARTE

Martes, 00:02 horas

*El tiempo está muerto mientras lo marcan pequeños
engranajes; sólo cuando se para el reloj cobra vida
el tiempo.*

WILLIAM FAULKNER

I

00:02 horas

—¿Cuánto tiempo tardaron en morir?

El destinatario de esta pregunta no pareció oírlo. Miró de nuevo por el retrovisor y se concentró en la conducción. Pasaban pocos minutos de la medianoche y las calles de la parte baja de Manhattan estaban heladas. Un frente frío había despejado el cielo y convertido en liso hielo la nieve caída poco antes sobre el asfalto y el cemento. Iban los dos en el bronco Troncomóvil, como llamaba Vincent el Listo al todoterreno marrón oscuro. El coche tenía ya unos cuantos años; los frenos necesitaban un repaso y había que cambiar los neumáticos. Pero llevar al taller un vehículo robado era una pésima idea, sobre todo teniendo en cuenta que dos de sus últimos ocupantes habían muerto asesinados.

El conductor (cincuenta y tantos años, delgado, cabello negro bien recortado) torció con cuidado hacia una bocacalle y prosiguió su viaje sin acelerar en exceso, tomando los desvíos con precisión, perfectamente centrado en su carril. Habría conducido del mismo modo estando las calles secas, o si el vehículo no hubiera estado involucrado en un asesinato.

Cautelosamente, con meticulosidad.

¿Cuánto tiempo tardaron?

Un escalofrío recorrió a Vincent el Gordo (largos dedos como salchichas, siempre sudorosos, y el cinturón marrón tan tirante que el primer agujero estaba dado de sí). Había estado esperando en la esquina de la calle al acabar su turno de noche como procesador temporal de textos. Hacía un frío espantoso, pero el vestíbulo del edificio le desagradaba. Tenía una luz verdosa y las paredes cubiertas de grandes espejos en los que podía ver su cuerpo ovalado desde todos los ángulos. Así que había salido a tomar el aire diáfano y frío de diciembre y se había puesto a pasear de un lado a otro y a comer una chocolatina. Bueno, dos.

Mientras Vincent miraba la luna llena (un disco asombrosamente blanco visible por un instante entre el desfiladero de los edificios), el Relojero reflexionaba en voz alta:

—¿Que cuánto tardaron en morir? Una pregunta interesante.

Vincent conocía desde hacía poco tiempo al Relojero, cuyo verdadero nombre era Gerald Duncan, pero sabía ya que convenía tener cuidado con las preguntas que se le hacían. Hasta la cuestión más sencilla podía dar pie a uno de sus monólogos. Caray, lo que hablaba. Y sus respuestas eran siempre tan razonadas como las de un catedrático. Vincent sabía que, si había estado callado esos últimos minutos, era porque estaba sopesando la respuesta.

Abrió una lata de Pepsi. Tenía frío, pero necesitaba algo dulce. Engulló el líquido y se guardó la lata vacía en el bolsillo. Luego se puso a comer un paquete de galletas saladas con mantequilla de cacahuete. Duncan le lanzó una ojeada para asegurarse de que llevaba puestos los guantes. En el Troncomóvil siempre llevaban guantes.

Meticuloso...

—Yo diría que hay varias respuestas a esa pregunta —dijo Duncan con su voz suave y distante—. Por ejemplo, el primero al que he matado tenía veinticuatro años, de modo que podría afirmarse que tardó veinticuatro años en morir.

¿*No me digas?*, pensó Vincent el Listo con sarcasmo adolescente, aunque tenía que reconocer que no se le había ocurrido una respuesta tan obvia.

—El otro tenía treinta y dos, creo.

Pasó un coche de policía en sentido contrario. A Vincent comenzó a palpitarle la sangre en las sienes, pero Duncan no se inmutó. Los policías no parecieron fijarse en el Explorer robado.

—Otra forma de abordar tu pregunta —prosiguió Duncan— es considerar cuánto tiempo transcurrió desde el momento en que empecé a matarlos hasta el instante en que sus corazones dejaron de latir. Probablemente te referías a eso. Verás, a la gente le gusta encuadrar el tiempo en marcos de referencia fáciles de asimilar. Y eso está bien, siempre y cuando sea útil. Saber que las contracciones del parto se producen cada veinte segundos es útil. Y también saber que un atleta corrió un kilómetro y medio en tres minutos y cincuenta y ocho segundos, y que por eso ganó la carrera. Pero saber concretamente cuánto tiempo tardaron en morir... Bien, eso no tiene importancia, con tal de que no fuera rápido. —Lanzó una mirada a Vincent—. Y no es que quiera criticar tu pregunta.

—No —dijo Vincent, al que no le importaba si la criticaba o no. Vincent Reynolds tenía pocos amigos y estaba dispuesto a pasarle muchas cosas por alto a Gerald Duncan—. Era simple curiosidad.

—Entiendo. La verdad es que no me he fijado. Pero la próxima vez lo cronometraré.

—¿La chica? ¿Mañana? —Su corazón latió un poco más aprisa.

Duncan asintió con un gesto.

—Esta noche, querrás decir.

Era más de medianoche. Con Gerald Duncan había que hablar con precisión. Sobre todo, en lo tocante al tiempo.

—Sí, eso.

Pensó en Joanne, la siguiente en morir, y Vincent el Hambriento le tomó la delantera a Vincent el Listo.

Esta noche...

El asesino conducía siguiendo un patrón complejo, de regreso al edificio que ocupaban temporalmente en el distrito de Chelsea, al sur de Manhattan, no muy lejos del río. Las calles estaban desiertas; la temperatura rondaba los diez grados bajo cero y el viento corría sin cesar por las calles estrechas.

Duncan aparcó junto a la acera, apagó el motor y puso el freno de mano. Salieron. Caminaron por espacio de media manzana por entre el viento gélido. Duncan iba mirando la sombra de su cuerpo, que la luna proyectaba sobre la acera.

—Se me ha ocurrido otra respuesta. Respecto a cuánto tiempo tardaron en morir.

Vincent se estremeció otra vez. Por el frío, sobre todo, aunque no sólo por eso.

—Mirándolo desde su punto de vista —prosiguió el asesino—, podría decirse que una eternidad.

2

07:01 horas

¿Qué es eso?

Sentado en su silla chirriante, en el despacho caldeado, el hombretón bebía café y miraba con los ojos entornados hacia el fondo del muelle, entre la luz brillante de la mañana. Era el supervisor de mañana del taller de reparación de remolcadores, situado en el río Hudson, al norte de Greenwich Village. Cuarenta minutos después estaba previsto que atracara un Moran con el motor averiado, pero de momento el muelle estaba vacío y el supervisor estaba disfrutando del calorcillo de la caseta, donde se había sentado con los pies sobre la mesa y el café apoyado en el pecho. Quitó un poco de vaho de la ventana y miró de nuevo.

¿Qué es?

Junto al borde del muelle, del lado de Jersey, había una caja negra no muy grande. No estaba allí el día anterior a las seis, cuando cerró el taller, y después de esa hora no había atracado ningún barco. La caja tenía que haber venido del lado de tierra. Había una alambrada que impedía el paso de transeúntes, pero si alguien quería entrar, entraba: el supervisor lo sabía por las herramientas y los cubos de basura que se llevaban, cualquiera sabía por qué.

Pero ¿para qué habían dejado aquello en el muelle?

Estuvo un rato mirando la caja mientras pensaba: *Fuera hace frío, y viento, y con lo bien que sienta el café...* Después se dijo: *En fin, habrá que ir a echar un vistazo.* Se puso el grueso chaquetón gris, los guantes y el gorro, bebió un último trago de café y salió al aire cortante.

Recorrió el muelle abriéndose paso entre el viento, con los ojos llorosos fijos en la caja negra.

¿Qué cojones es eso? Era rectangular, de menos de medio metro de alto, y el sol, todavía bajo, se reflejaba con fuerza en su parte frontal. Entornó los ojos para defenderse de su resplandor. El agua espumosa del Hudson se agitaba entre los pilares del muelle.

Se detuvo a metro y medio de la caja, al ver lo que era.

Un reloj. Un reloj antiguo, con una luna dibujada delante y esos números romanos tan graciosos. Miró su reloj de pulsera y vio que el del muelle funcionaba bien: marcaba la hora exacta. ¿Quién habría dejado allí una cosa tan bonita? *Estupendo: me han hecho un regalo.*

Pero, al dar un paso adelante para cogerlo, le fallaron las piernas y el pánico se apoderó de él un instante al pensar que iba a caer al río. Cayó al suelo, sin embargo, sobre una placa de hielo que no había visto, y no se deslizó más allá.

Se puso en pie ahogando un gemido, con una mueca de dolor. Al mirar hacia abajo vio que el hielo en el que había resbalado no era normal. Era de color marrón rojizo.

—Ay, Dios —murmuró mientras miraba la sangre, que había formado un gran charco congelado cerca del reloj. Se inclinó y su sorpresa fue mayúscula al darse cuenta de cómo había llegado la sangre allí. En los tablones del muelle se veían marcas ensangrentadas que parecían de uñas, como si alguien con las muñecas o los dedos sajados se hubiera agarrado a ellos para no caerse a las aguas revueltas del río.

Se acercó con cautela al borde y miró hacia abajo. No se veía a nadie flotando en el agua turbulenta. Pero eso no le sorprendió; si estaba en lo cierto, la sangre congelada significaba que aquel pobre diablo había estado allí hacía largo rato. Si nadie le había rescatado, su cadáver estaría ya a medio camino de Liberty Island.

Retrocedió mientras buscaba atropelladamente su teléfono móvil y se quitó el guante con los dientes. Echó un último vistazo al reloj y regresó a toda prisa a la caseta mientras marcaba con sus dedos gordezuelos y temblequeantes el número de la policía.

Un antes y un después.

La ciudad había cambiado después de aquella mañana de septiembre, tras las explosiones, las gigantescas columnas de humo, los edificios que se esfumaban.

Era innegable. Podía hablarse de la resistencia, del temple, de la actitud pragmática de los neoyorquinos, y todo eso era cierto. Pero la gente se quedaba aún en suspenso cuando, al aproximarse al aeropuerto de La Guardia, los aviones parecían volar un poco más bajo de lo normal. O cruzaba la calle dando un rodeo si veía una bolsa de compra abandonada en la acera. A nadie le sorprendía ya ver soldados o policías vestidos con uniforme oscuro y armados con negras ametralladoras militares.

El día de Acción de Gracias había pasado sin incidentes y la Navidad estaba en su apogeo; había gente por todas partes. Pero suspendida sobre las festividades como un reflejo en el escaparate navideño de unos grandes almacenes, persistía la imagen de las torres desaparecidas, de las personas que ya no estaban entre los vivos. Como persistía, claro está, la gran pregunta: ¿qué más iba a pasar?

Lincoln Rhyme entendía muy bien la noción del antes y el después: la había sufrido en carne propia. Había habido un tiempo en que podía caminar y moverse. Y después ya no. Estaba sano como el que más, investigando la escena de un crimen, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, una viga le había partido el cuello dejándole tetrapléjico, paralizado casi por completo de hombros para abajo.

Un antes y un después.

Hay momentos que le cambian a uno para siempre.

Lincoln Rhyme creía, sin embargo, que si de ellos se hacía un icono demasiado solemne, esos acontecimientos redoblaban su potencia. Y los malos salían ganando.

Eso se decía Rhyme una fría mañana de martes, todavía temprano, mientras escuchaba a la locutora de la National Public Radio, con su sempiterna voz de FM, informar acerca del desfile previsto para dos días después, al que seguirían diversos actos y reuniones de representantes del Gobierno, todo lo cual, lógicamente, debería haberse celebrado en la capital del país. Se había impuesto, sin embargo, el «aúpa Nueva York», y las calles estarían abarrotadas de espectadores y manifestantes, lo cual complicaría más aún la vida de la policía que vigilaba las inmediaciones de Wall Street. En la política pasaba ahora lo mismo que en el deporte: las semifinales que debían tener lugar en Nueva Jersey se celebraban ahora en el Madison Square Garden, como si eso fuera una muestra de patriotismo. Rhyme se preguntaba con sorna si al año siguiente el maratón de Boston también se correría en Nueva York.

Un antes y un después.

Rhyme había acabado por convencerse de que él no era muy distinto después de aquel punto de inflexión. Su estado físico (su horizonte, cabría decir) había cambiado. Pero básicamente seguía siendo el mismo: un policía y científico impaciente, temperamental (incluso odioso a veces), tenaz e intransigente con la pereza y la ineptitud. No jugaba la carta del inválido, no se lamentaba ni daba importancia a sus limitaciones físicas, aunque fuera capaz de arremeter contra los propietarios de cualquier edificio en el que estuviera investigando un crimen si no cumplían la normativa en lo relativo a rampas de acceso y anchura de las puertas.

Mientras escuchaba la noticia, le exasperó que ciertos neoyorquinos parecieran estar entregándose a la autocompasión.

—Voy a escribir una carta —anunció, dirigiéndose a Thom.

Su ayudante, joven y delgado, vestido con unos elegantes pantalones negros, camisa blanca y grueso suéter (la casa de Rhyme en Central Park West adolecía de mala calefacción y aislamientos obsoletos), apartó la vista de los adornos navideños que estaba colocando. A Rhyme le hizo gracia que hubiera colocado un minúsculo abeto sobre una mesa bajo la cual aguardaba ya un regalo sin envolver: una caja de pañales desechables para adultos.

—¿Una carta?

Le explicó su teoría de que era mucho más patriótico seguir como si nada hubiera pasado.

—Voy a ponerles en su sitio. La mandaré al *Times*, creo.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó el ayudante. Era, en realidad, cuidador de profesión, aunque él afirmara que, estando al servicio de Lincoln Rhyme, podía decirse que ejercía el oficio de santo.

—Voy a hacerlo —contestó Rhyme tajantemente.

—Me parece muy bien. Aunque ¿sabes una cosa?

El criminalista levantó una ceja. Podía ser muy expresivo con las partes del cuerpo que aún podía mover: los hombros, el rostro y la cabeza.

—La mayoría de la gente que dice que va a escribir una carta no la escribe. La gente que sí escribe cartas va y las escribe, sin más. No anuncia que va a escribirlas. ¿Te has fijado alguna vez?

—Gracias por tu brillante comentario, Thom, pero tú sabes que a mí nada va a detenerme.

—Muy bien —repitió su ayudante.

Sirviéndose del mando táctil, Rhyme acercó su silla de ruedas Storm Arrow de color rojo a uno de los seis grandes monitores de pantalla plana que había en la habitación.

—Comando —dijo dirigiéndose al sistema de reconocimiento de voz a través de un micrófono fijado a la silla—. Procesador de texto.

En la pantalla se abrió diligentemente el WordPerfect.

—Comando, escribir. «Estimados señores.» Comando, dos puntos. Comando, salto de línea. Comando, escribir. «Vengo observando que...»

Sonó el timbre y Thom fue a ver quién era.

Rhyme cerró los ojos. Había empezado a componer su diatriba cuando una voz le interrumpió.

—Hola, Linc. Feliz Navidad.

—Mmm, igualmente —rezongó en respuesta al saludo de Lon Sellitto, que, panzón y despeinado, acababa de cruzar la puerta.

El corpulento detective de la policía debía moverse con cuidado. La habitación,

un coqueto salón en la época victoriana, estaba ahora abarrotada de equipamiento forense: microscopios ópticos y de electrones, un cromatógrafo de gases, vasos de precipitados y retortas de laboratorio, pipetas, placas de Petri, centrifugadoras, sustancias químicas, libros, revistas, ordenadores y gruesos cables que corrían en todas direcciones. (Cuando Rhyme empezó a trabajar como asesor forense desde su casa, la potencia de las máquinas hacía saltar los fusibles con frecuencia. Su consumo eléctrico equivalía posiblemente al de todos los vecinos de la manzana juntos.)

—Comando, volumen, nivel tres. —La unidad de control ambiental bajó obedientemente el volumen de la radio.

—No tienes mucho espíritu navideño, ¿eh? —preguntó el detective.

Rhyme no contestó. Volvió a mirar el monitor.

—Hola, *Jackson*. —Sellitto se inclinó para acariciar al perrillo de pelo largo que dormitaba acurrucado en una caja de pruebas de las que usaba el Departamento de Policía de Nueva York. *Jackson* estaba allí de paso: su antigua dueña, una anciana tía de Thom, había fallecido poco antes en Westport, Connecticut, tras una larga enfermedad y, entre otras pertenencias, el joven ayudante había heredado a *Jackson*, un habanero. La raza, emparentada con el bichón frisé, era oriunda de Cuba. El perrillo se quedaría allí hasta que Thom le encontrara un buen sitio donde vivir.

—Tenemos un caso jodido, Linc —añadió Sellitto al incorporarse. Hizo amago de quitarse el abrigo, pero cambió de idea—. Por Dios, qué frío hace. ¿Estaremos batiendo un récord?

—No lo sé. No me detengo mucho a mirar el canal del tiempo. —Rhyme pensó en un buen párrafo con el que dar comienzo a su carta al director.

—Uno jodido de verdad —repitió Sellitto.

El criminalista le miró enarcando una ceja.

—Dos homicidios, el mismo procedimiento. Más o menos.

—Hay muchos casos jodidos por ahí, Lon. ¿Qué tiene éste de particular?

—Como sucedía a menudo en los días de tedio que transcurrían entre caso y caso, Rhyme estaba de mal humor. De todos los criminales con los que se había topado, el más letal era el aburrimiento.

Sellitto, sin embargo, llevaba años trabajando con él y su mal genio no le afectaba.

—Han llamado de la Casa Grande. Los mandamases quieren que os ocupéis Amelia y tú. Insisten, han dicho.

—¿Conque insisten, eh?

—Prometí no decírtelo. A ti no te gusta que te presionen.

—¿Te importaría explicarme por qué es tan jodido ese caso, Lon? ¿O es mucho pedir?

—¿Dónde está Amelia?

—En Westchester, trabajando en un caso. No creo que tarde en volver.

El detective levantó un dedo para indicarle que esperara un minuto: su teléfono móvil había empezado a sonar. Mantuvo una conversación, asintió con la cabeza y tomó algunas notas. Luego cortó la comunicación y miró a Rhyme.

—Bien, esto es lo que tenemos: anoche, el asesino cogió...

—¿*El* asesino? —preguntó Rhyme enfáticamente.

—Tienes razón, no estamos seguros de su género.

—De su sexo.

—¿Qué?

—El género —explicó Rhyme— es un concepto lingüístico. Hace referencia a la designación léxica del masculino y el femenino en ciertas lenguas. El sexo es un concepto biológico que diferencia entre organismos masculinos y femeninos.

—Te agradezco la lección de gramática —masculló el detective—. Puede que algún día me sea útil, si voy a uno de esos concursos de la tele. El caso es que el asesino cogió a un pobre diablo y se lo llevó a ese muelle de reparación que hay en el Hudson. Ignoramos cómo lo hizo exactamente, pero obligó a la víctima, hombre o mujer, a quedarse colgado encima del río, y luego le cortó las muñecas. La víctima se mantuvo agarrada un rato, según parece. El tiempo suficiente para perder sangre por un tubo. Luego se soltó.

—¿Hay cadáver?

—Todavía no. Los guardacostas y el servicio de emergencias lo están buscando.

—Me ha parecido entender que hablabas de víctimas, en plural.

—Bueno, pues unos minutos después recibimos otra llamada para que fuéramos a echar un vistazo a un callejón del centro, junto a Cedar, cerca de Broadway. Había otra víctima. Un agente de policía encontró a un tío tumbado de espaldas y atado con cinta aislante. El asesino había colocado una barra de hierro de unos treinta y cinco kilos encima de su cuello. La víctima había tenido que sujetarla para que no le aplastara la tráquea.

—¿Treinta y cinco kilos? Bien, entonces, teniendo en cuenta la fuerza necesaria para manipularla, admito que es probable que el asesino sea un varón.

Thom entró llevando café y pastas. Sellitto, que tenía constantes problemas de peso, probó primero las pastas: en fiestas, dejaba hibernar su dieta. Se comió media y, tras limpiarse la boca, prosiguió:

—Así que la víctima tenía que sujetar en vilo la barra. Y aguantó un rato, seguramente. Pero al final la palmó.

—¿Quién era?

—Se llamaba Theodore Adams. Vivía cerca de Battery Park. Una mujer llamó anoche al servicio de emergencias, diciendo que había quedado para cenar con su hermano y que no se había presentado. Ése fue el nombre que dio. El sargento de la comisaría iba a llamarla esta mañana.

Lincoln Rhyme no solía considerar muy útiles las descripciones poco precisas, pero tenía que reconocer que la situación podía, en efecto, calificarse de «jodida».

Y también de estimulante.

—¿Por qué dices que el procedimiento es el mismo? —preguntó.

—En ambos casos, el asesino dejó una tarjeta de visita en el lugar de los hechos. Un reloj.

—¿De los que hacen tictac?

—Exacto. Uno estaba en el muelle, junto al charco de sangre. El otro, junto a la cabeza de la víctima. Es como si hubiera querido que las víctimas los vieran. Y los oyeran, supongo.

—Describémelos. Los relojes.

—Parecían antiguos. Es lo único que sé.

—¿No eran bombas?

Hoy en día (en la época del después), cualquier cosa que hiciera tictac se consideraba susceptible de explotar.

—Qué va. No van a estallar. Pero de todos modos los han mandado a Rodman's Neck para que comprueben si contienen agentes químicos o biológicos. Al parecer son los dos de la misma marca. Uno de los agentes me ha dicho que daban miedo. Tienen grabada una luna. Ah, y por si acaso éramos un poco duros de mollera, el asesino ha dejado una nota debajo de los relojes. Impresa, no de su puño y letra.

—¿Y decía...?

Sellitto, que no se fiaba de su memoria, echó un vistazo a su libreta. Rhyme apreciaba aquel rasgo suyo. El detective no era una persona brillante, pero sí tenaz, y todo lo hacía despacio y con esmero.

—«La Luna Fría —leyó— llena está en el cielo. Sobre el cadáver de la tierra, su brillo marca la hora de morir, el fin del viaje que se inició al nacer.»

—Miró a Rhyme—. Firmado, «el Relojero».

—Tenemos dos víctimas y un motivo lunar. —A menudo, las referencias astronómicas significaban que el asesino pensaba actuar repetidas veces—. Tiene previsto matar otra vez.

—¿Y por qué crees que estoy aquí, Linc?

Rhyme miró el arranque de su carta al *Times*. Luego cerró el procesador de texto. Su ensayo acerca del antes y el después tendría que esperar.

3

08:08 horas

Un ruido en el exterior de la casa. Un crujido en la nieve.

Amelia Sachs se quedó quieta. Miró por la ventana hacia el jardín blanco y apacible. No vio a nadie.

Estaba a media hora de la ciudad, al norte, sola en una casa suburbana de estilo Tudor en la que reinaba un silencio mortal.

Una idea muy acertada, se dijo, dado que su propietario ya no estaba entre los vivos.

Aquel ruido otra vez. Sachs era una urbanita acostumbrada a la disonancia de los ruidos, buenos y malos, de la gran ciudad. Aquella ruptura de la excesiva quietud campestre la puso alerta.

¿Eran pisadas lo que oía?

La detective de la policía, alta y pelirroja, vestida con chaqueta de cuero negro, jersey azul marino y vaqueros negros, aguzó el oído un momento mientras se rascaba distraídamente el cuero cabelludo. Oyó otro crujido. Se bajó la cremallera de la chaqueta para tener a mano su Glock y, agachándose, lanzó un rápido vistazo afuera. Al no ver nada, retomó su tarea.

Se sentó en la lujosa silla de piel y comenzó a examinar el contenido del enorme escritorio. Pero ésta era una labor frustrante. El problema era que no sabía exactamente qué buscar, lo cual solía ocurrir cuando se inspeccionaba un lugar relacionado con un delito sólo en segundo, tercer o cuarto grado. De hecho, difícilmente podía considerarse aquella casa la escena de un crimen. No se había descubierto en ella ningún cadáver, ni ningún botín escondido, y era improbable que el asesino o asesinos hubieran estado allí. Era simplemente la residencia infrautilizada de un tal Benjamin Creeley, muerto en otra parte y que, en el momento de su fallecimiento, llevaba una semana sin pisar aquella casa.

Aun así tenía que buscar, y buscar cuidadosamente. Porque no estaba allí en su papel habitual, el de especialista en la inspección ocular de lugares donde se habían cometido crímenes violentos. Aquél era el primer caso de homicidio de cuya investigación se encargaba.

Otro chasquido fuera. Hielo, nieve, una rama, un ciervo... Una ardilla, quizás. Amelia no hizo caso y prosiguió la búsqueda que había iniciado un par de semanas antes, gracias a un nudo hecho en un cordel para tender ropa.

Era ese tramo de cuerda de tender el que había segado a los cincuenta y seis años la vida de Ben Creeley, al que se había hallado colgado de la barandilla de su casa del Upper East Side, con una nota de suicidio sobre la mesa y ni un solo indicio que moviera a sospecha.

Y sin embargo, justo después de su muerte, su viuda, Suzanne Creeley, acudió a la policía de Nueva York. Sencillamente, no podía creer que su marido se hubiera suicidado. El empresario y contable, que disfrutaba de una posición desahogada, había estado malhumorado últimamente, eso era cierto. Pero sólo, creía su mujer, porque trabajaba mucho en proyectos de especial complejidad. Sus episodios de desánimo eran pasajeros y distaban mucho de ser depresiones susceptibles de acabar en suicidio. No tenía antecedentes de enfermedad mental o trastornos emocionales, y no tomaba antidepresivos. Gozaba de una holgada situación económica y no había hecho cambios recientes en su testamento ni en su póliza de seguros. Su socio, Jordan Kessler, estaba de viaje en Pensilvania, adonde había ido a visitar la oficina de un cliente. Sachs había hablado con él un momento y Kessler le había confirmado que, aunque Creeley parecía deprimido en los últimos tiempos, que él supiera jamás había hablado de suicidio.

Sachs había sido nombrada ayudante permanente de Lincoln Rhyme en la investigación in situ de crímenes violentos, pero no quería dedicarse en exclusiva a la técnica forense. Llevaba algún tiempo haciendo campaña dentro de la brigada de Delitos Mayores para que le permitieran dirigir un caso de homicidio o terrorismo. Finalmente, alguien en la Casa Grande había decidido que merecía la pena indagar en la muerte de Creeley y le había asignado el caso. Pero, aparte del consenso general en cuanto a la nula predisposición de Creeley hacia el suicidio, Sachs no había encontrado en principio ninguna prueba que indicara juego sucio. Luego, sin embargo, había hecho un descubrimiento. El informe del patólogo afirmaba que, en el momento de su muerte, Creeley tenía roto uno de los pulgares: llevaba la mano derecha escayolada por completo.

Así pues, no había podido atar el nudo de la horca, ni asegurar la cuerda a la barandilla del balcón.

Sachs lo sabía porque lo había intentado una docena de veces. Era imposible hacerlo sin usar el pulgar. Cabía la posibilidad de que Creeley hubiera hecho el nudo antes de su accidente de bici, que precedió en una semana a su muerte, pero parecía improbable que hubiera anudado la soga y la hubiera dejado a mano, a la espera de otro día en el que matarse.

Sachs decidió declarar sospechosa su muerte y abrir un expediente por homicidio.

El caso, no obstante, estaba resultando duro de roer. Por norma, los casos de homicidio o se resolvían durante las primeras veinticuatro horas o tardaban meses en resolverse. Las pocas pruebas que había (la botella de licor de la que Creeley había estado bebiendo antes de morir, la nota y la soga) no habían aclarado nada. No había testigos. El informe de la policía de Nueva York tenía medio folio de largo. El detective que había llevado el caso apenas le había dedicado tiempo, como era típico en los casos de suicidio, y no había podido ofrecerle ningún otro dato de interés.

El rastro de los posibles sospechosos se perdía en la ciudad, donde Creeley tenía su despacho y la familia pasaba casi todo su tiempo. Lo único que le quedaba por hacer en Manhattan era interrogar a fondo a Kessler, el socio del fallecido. Ahora estaba registrando uno de los últimos lugares en los que quizá pudiera hallar alguna pista: la casa que los Creeley tenían a las afueras de la ciudad, donde la familia pasaba muy poco tiempo.

Pero no estaba encontrando nada. Se recostó en la silla y se quedó mirando una fotografía reciente del fallecido en la que se le veía estrechando la mano de un individuo con aspecto de empresario. Estaban en la pista de un aeropuerto, delante de un avión privado. Al fondo se veían tuberías y pozos petrolíferos. Creeley sonreía. No parecía deprimido. Claro que ¿quién lo parece en una foto?

Se oyó otro crujido, muy cerca, al otro lado de la ventana que había a su espalda. Y luego otro, aún más cerca.

Eso no es una ardilla.

Sacó la Glock: una reluciente bala de nueve milímetros en el cargador y, debajo de ella, trece más. Salió sin hacer ruido por la puerta principal y rodeó la casa con la pistola asida entre ambas manos, cerca del costado (nunca delante cuando se doblaba una esquina, donde el adversario podía quitársela de un manotazo. Las películas siempre se equivocaban). Echó un rápido vistazo. El lado de la casa estaba despejado. Avanzó hacia la parte de atrás apoyando con cuidado sus botas negras sobre el camino de piedra, cubierto por una gruesa capa de hielo.

Se detuvo a escuchar.

Sí, eran pisadas. Alguien se movía con paso indeciso hacia la puerta trasera, quizás.

Una pausa. Un paso. Otra pausa.

Lista, se dijo Sachs.

Se acercó a la esquina trasera, pero resbaló en una franja de hielo y, sin darse cuenta, dejó escapar un gemido leve. Apenas audible, le pareció.

Pero lo bastante alto para que lo oyera el intruso.

Sintió pisadas apresuradas y el crujido de la nieve en el jardín de atrás.

Maldita sea...

Se agachó y, por si era una estratagema para hacerla salir, se asomó a la esquina y levantó velozmente la Glock. Un individuo larguirucho, con vaqueros y chaqueta gruesa, corría por la nieve.

Joder. Odiaba que echaran a correr. Le había tocado en suerte un cuerpo alto y de articulaciones vagas (sufría artritis), y la combinación de ambas cosas hacía que correr fuera un calvario.

—Soy agente de policía. ¡Alto! —Comenzó a correr tras él.

Estaba sola. No había avisado a la policía del condado de Westchester de que estaba allí. Si quería refuerzos, tendría que llamar al 911, el número de emergencias, y no había tiempo para eso.

—¡No voy a repetírselo! ¡Deténgase!

No hubo respuesta.

Corrieron por el espacioso jardín y, más allá, se adentraron en la arboleda de detrás de la casa. Jadeando, con un dolor en el costado que se sumaba al de sus rodillas, Sachs corría con todas sus fuerzas, pero el intruso le sacaba mucha ventaja.

Mierda, voy a perderle.

Pero intervino la naturaleza. El desconocido tropezó con una rama que sobresalía de la nieve y cayó de bruces. Sachs oyó su quejido a más de diez metros de distancia. Se acercó corriendo y, mientras intentaba recobrar el aliento, apoyó el cañón de la Glock contra el cuello del individuo. El intruso dejó de moverse.

—¡No me haga daño! ¡Por favor!

—Cállate.

Sacó las esposas.

—Las manos detrás de la espalda.

Él entrecerró los ojos.

—¡Pero si no he hecho nada!

—Las manos.

Obedeció, pero con tanta torpeza que Sachs tuvo la impresión de que no le habían esposado nunca. Era más joven de lo que pensaba: un adolescente con la cara salpicada de acné.

—¡No me haga daño, por favor!

Sachs tomó aliento y le registró. No llevaba documentación, ni armas, ni drogas. Sólo un poco de dinero y un juego de llaves.

—¿Cómo te llamas?

—Greg.
—¿Greg qué más?
Un titubeo.
—Witherspoon.
—¿Vives por aquí?
El chico tomó aire y señaló con la cabeza hacia la derecha.
—En esa casa de ahí, la de al lado de los Creeley.
—¿Cuántos años tienes?
—Dieciséis.
—¿Por qué has echado a correr?
—No sé. Estaba asustado.
—¿No me has oído decir que era policía?
—Sí, pero no lo parece. Policía, quiero decir. ¿En serio lo es?
Ella le enseñó su insignia.
—¿Qué estabas haciendo en la casa?
—Vivo al lado.
—Eso ya me lo has dicho. ¿Qué estabas haciendo? —Tiró de él para que se sentara. Parecía aterrorizado.
—Vi que había alguien dentro. Pensé que era la señora Creeley o alguien de la familia, no sé. Sólo quería decirle una cosa. Luego miré dentro y vi que tenía usted una pistola, y me asusté. Pensé que estaba con ellos.
—¿Con quiénes?
—Con esos tipos que entraron. Eso era lo que iba a decirle a la señora Creeley.
—¿Entró alguien en la casa?
—Vi a dos tíos forzando la puerta. Hace un par de semanas. Por Acción de Gracias.
—¿Llamaste a la policía?
—No. Debería haberles llamado, supongo. Pero no quería meterme en líos. Tenían pinta de... duros.
—Dime qué pasó.
—Yo estaba fuera, en el jardín de mi casa, y los vi acercarse a la puerta de atrás, mirar alrededor y luego, ya sabe, forzar la cerradura y entrar.
—¿Eran blancos, negros...?
—Blancos, creo. No estaba tan cerca. No pude verles las caras. Eran sólo, bueno, ya sabe, un par de tíos. Con vaqueros y cazadoras. Uno era más grande que el otro.
—¿Color de pelo?
—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo estuvieron dentro?

—Una hora, creo.

—¿Viste su coche?

—No.

—¿Se llevaron algo?

—Sí. Un equipo de música, varios CD, una tele... Y unos juegos, creo.
¿Puedo levantarme ya?

Sachs le ayudó a ponerse de pie y le llevó hacia la casa. Comprobó que, en efecto, la puerta trasera estaba forzada. Muy hábilmente, por cierto.

Miró a su alrededor. En el cuarto de estar seguía habiendo un televisor de pantalla grande. En el aparador había porcelana fina en abundancia. La plata también estaba allí. Y era de ley. Aquel robo no tenía sentido. ¿Se habrían llevado los ladrones algunos objetos para encubrir otra cosa?

Inspeccionó la planta baja. La casa estaba impecable, con la única excepción de la chimenea. Vio que era un modelo de gas y que dentro había un montón de ceniza. Pero, siendo de gas, no hacía falta papel, ni astillas para encenderla. ¿Habían encendido el fuego los ladrones?

Sin tocar nada, alumbró su interior con la linterna.

—¿Te fijaste en si esos hombres encendieron la chimenea cuando estuvieron aquí?

—No lo sé. Puede ser.

Había manchas de barro delante de la chimenea. Sachs llevaba equipo forense básico en el maletero del coche. Podía buscar huellas alrededor de la chimenea y de la mesa y recoger la ceniza y el barro o cualquier otra prueba material que pudiera serle útil.

Fue entonces cuando vibró su teléfono móvil. Miró la pantalla. Un mensaje urgente de Lincoln Rhyme. Debía volver a Nueva York lo antes posible. Mandó acuse de recibo.

¿Qué habrían quemado?, se preguntó mientras miraba fijamente la chimenea.

—Bueno —dijo Greg—, ¿puedo irme ya?

Sachs le lanzó una mirada.

—No sé si eres consciente de ello, pero después de cualquier muerte sospechosa, la policía hace un inventario completo de todo lo que hay en la casa el día del fallecimiento del propietario.

—¿Sí? —El chico bajó la mirada.

—Dentro de una hora llamaré a la policía del condado de Westchester para pedirles que cotejen lo que hay en la casa con su inventario. Si falta algo, me avisarán y yo les daré tu nombre y luego llamaré a tus padres.

—Pero...

—Esos hombres no se llevaron nada, ¿verdad? Cuando se marcharon, entraste por la puerta de atrás y te llevaste... ¿Qué te llevaste?

—Sólo cogí prestadas un par de cosas, nada más. De la habitación de Todd.

—¿El hijo del señor Creeley?

—Sí. Además, uno de los Nintendo era mío. Todd no me lo había devuelto.

—¿Y esos hombres? ¿Se llevaron algo?

Un titubeo.

—No parecía.

Sachs le quitó las esposas.

—Tendrás que devolverlo todo —dijo—. Ponlo en el garaje. Dejaré la puerta abierta.

—Sí, claro, se lo prometo —contestó el chico casi sin aliento—. Por supuesto. Sólo que... —Empezó a llorar—. La verdad es que me comí un poco de tarta. Estaba en la nevera. No puedo... Les compraré otra.

—No se hace inventario de la comida —contestó Sachs.

—¿No?

—Pero devuelve todo lo demás.

—Le doy mi palabra. En serio. —Se limpió la cara con la manga.

—Una cosa más —dijo Sachs cuando el chico se disponía a marcharse—. Cuando te enteraste de que el señor Creeley se había suicidado, ¿te sorprendió?

—Pues sí.

—¿Por qué?

Soltó una risa.

—Tenía un siete cuarenta. Y de los grandes, además. ¿Quién se suicida, teniendo un BMW?